

El arte de la “ciencia” política
Philip Oxhorn

Tras establecer la distinción entre las ciencias exactas y las ciencias humanas, el autor de este ensayo plantea que la ciencia política si acaso es un “arte”, y que debería aprender mucho de las ciencias naturales.

Philip Oxhorn es Catedrático-investigador de la Universidad McGill, Canadá.

¿Es la ciencia política realmente una “ciencia” como, por ejemplo, la física o la biología? ¿Puede decirse que los procesos políticos estudiados por los científicos políticos estén gobernados por leyes inmutables de la naturaleza (humana), de la misma forma en que los procesos estudiados por los científicos de las ciencias naturales? Desde los años cincuenta, empezando con la influencia dominante del funcionalismo, a través del surgimiento del conductivismo en los años sesenta, y hasta el eventual desplazamiento de éste por varios enfoques nuevos que incluyen la elección racional y el individualismo metodológico, el institucionalismo en sus varias encarnaciones y una creciente insistencia en hacer estudios empíricos que incluyan un número máximo de casos, llevando a la exclusión de los estudios de área, supuestamente no teóricos, o incluso de los estudios de caso únicos, la disciplina se ha preciado cada vez más de su manto científico.

Tales pretensiones no son nuevas. Elocuentemente, se pueden remontar al menos hasta el materialismo científico de Karl Marx en el siglo XIX. El hecho de que el marxismo clásico no haya predicho las revoluciones campesinas y su incapacidad de concebir el importante desafío de crear, en el mundo real, una clase revolucionaria “en sí y para sí” a partir del proletariado, sólo sirven para subrayar la utilidad limitada de aplicar modelos derivados de las ciencias naturales a la política en particular. Sin embargo, aunque los científicos políticos actuales serían los primeros en reconocer estos fracasos del marxismo, la inmensa mayoría de sus respuestas parecen ser crear metodologías científicas supuestamente mejores, y no

cuestionar la premisa básica sobre la cual se basan todos esos esfuerzos: que la política es fundamentalmente análoga a los procesos físicos que se observan en la naturaleza. Ya sea debido a un sentido de frustración con la naturaleza inherentemente incierta de su materia o a la necesidad de buscar alguna especie de “legitimidad” imitando a lo que perciben como los métodos probados de las así llamadas “ciencias exactas”, los científicos políticos de la corriente principal parecen excesivamente reticentes a aceptar la cualidad impredecible y *sui generis* de los procesos políticos. El peligro que representa continuar con tal miopía es el hacerse cada vez menos relevantes tanto para los políticos como para la gente común, cuando éstos tratan de comprender al tiempo que enfrentan los desafíos que la política presenta en el mundo real. De igual forma que los conductistas y que los marxistas clásicos anteriormente, la corriente principal de la ciencia política actual puede verse relegada al “basurero de la historia” en poco tiempo.

Tal pesimismo refleja la diferencia fundamental que existe entre, por una parte, los procesos del mundo físico alrededor de los cuales se desarrolló inicialmente el método científico, y por otra la política que surge del papel central de la acción de los sujetos humanos. El a veces esotérico modelo científico del cual se deriva el método de las ciencias sociales comprende el descubrimiento de leyes básicas que determinen los procesos dinámicos en el mundo físico de formas predeterminadas que sirven de base a la predicción. La parsimonia se considera como la piedra angular de la explicación, al igual que la maximización de las observaciones empíricas. Y aunque interacciones aleatorias y los “errores” naturales pueden negar la precisión de la capacidad de predicción de la ciencia, son relativamente poco comunes y por ende se les puede controlar con el uso de más observaciones empíricas.

Muchos han argumentado que tal acción se puede reducir a los intereses que bien se toman como dados o se deducen a partir de las condiciones materiales de los individuos, de manera que se justifica en vez de invalidarse el uso de las metodologías científicas, ya que tales intereses objetivos pueden servir de base para predecir la conducta. Pero tal supuesto es defectuoso, por diversas razones. Primero, y esta es la razón principal, los “intereses” no son ni objetivos, ni constantes. Una variedad de factores influyen en ellos, como la ideología, la cultura, la religión y el género, para nombrar sólo algunos, de tal suerte que cualquier predicción es problemática en el mejor de los casos. Segundo, dejando de lado el problema de

usar los intereses como base para predecir la conducta, las consecuencias de tal conducta están mediadas por otros factores, muchos de los cuales también son intangibles y fluidos. La presencia de otros actores, su voluntad de negociar (o su capacidad para resistir a las negociaciones) y una variedad de estructuras (como por ejemplo el contexto institucional o la posición socioeconómica de actores específicos) afectan todos ellos los resultados de formas que no obedecen a ninguna ley predeterminada ni son predecibles en el sentido absoluto. Las diferencias de poder entre los actores –determinadas por, entre otros, el acceso a recursos económicos o coercitivos, el nivel de organización, la fuerza de las identidades colectivas o la percepción de los intereses comunes– son igualmente claves, y sin embargo se escapan a la fácil medición en lo que respecta a su verdadero impacto en los procesos políticos, a menos que esos procesos se vean esencialmente coartados por la victoria total de un actor sobre los demás. Esto excluiría (afortunadamente) a la gran mayoría de los procesos políticos que necesitan ser estudiados e incluso en aquellos relativamente pocos casos en que la victoria es absoluta, la “victoria” sólo lleva a nuevas fuentes de poder y a nuevos actores. Recreando así la indeterminación básica previa.

En tales circunstancias, la retrospectiva a menudo da la impresión de la predictibilidad. Como el cliché de los militares que siempre pelean en la última guerra, los científicos políticos con frecuencia parecen suponer que los procesos políticos futuros serán fundamentalmente indistinguibles de cómo se entiende que han sido en el pasado.

Más que predecir el futuro con base en leyes inmutables, los científicos políticos se arriesgan a sobredeterminar los resultados porque les es difícil ver de qué manera podrían cambiar las cosas en el futuro.

Esta indeterminación fundamental es, de hecho, la clave de muchos procesos políticos. En vez de ocultarla usando el método científico, la primera tarea de los científicos políticos debería ser tratar de comprenderla para sacar ventaja de las oportunidades que crea, y evitar los ineludibles tropiezos que puede crear. Un ejemplo particularmente ilustrativo emerge del trabajo de Adam Przeworski, lo que resulta irónico dado que él es también uno de los principales defensores de la aplicación de la elección racional y del individualismo metodológico en la ciencia política. Según Przeworski, la democracia política se concibe adecuadamente como la institucionalización de la incertidumbre.¹ En fuerte contraste con las ciencias

naturales, donde la incertidumbre es principalmente el resultado de procesos aleatorios que generalmente tienen solamente consecuencias mínimas (especialmente en el corto y mediano plazo), esta incertidumbre intrínseca es lo que hace “democrática” a la democracia porque asegura que ningún actor pueda tener garantizada la victoria por adelantado en las elecciones, que el “ganar” no sea ni permanente ni absoluto en el sentido de que los ganadores de hoy tengan poder absoluto, y que los actores que pierden una elección tiene la posibilidad de competir (y de ganar) en elecciones futuras. Esta idea ofrece relativamente poco en lo que respecta al valor de predicción y exige la pregunta de cuán democráticas son las democracias que existen en la práctica. Intentos de hacer operativa esta idea para determinar si un país es más o menos democrático, o incluso si de hecho alcanza el umbral para ser considerado democrático en un sentido real, han generado más bien una creciente literatura basada en múltiples metodologías y disciplinas que tiende a concluir que los regímenes electorales latinoamericanos generalmente cruzan el umbral para ser considerados “democráticos”, pero tienen varias deficiencias que en último análisis amenazan su relevancia para enfrentar desafíos crecientes, si no su existencia misma. Aunque ésta sea tal vez una conclusión novedosa o significativa desde el punto de vista de la ciencia política, su consistencia apenas merece ser considerada como una “ley” indisputable o un resultado inevitable de los procesos políticos de la región. Además, tal conclusión parecería simplemente banal desde el punto de vista del latinoamericano común, que vive realmente bajo esos regímenes y cuyas opiniones sobre el tema se han expresado consistentemente en encuestas de opinión pública.

De manera más importante, sin embargo, la idea tanto nos ayuda a comprender por qué la democracia ha sido históricamente tan precaria en la región y a apreciar su potencial para generar mejor calidad de vida para los ciudadanos latinoamericanos. Es precaria porque los notoriamente altos niveles de desigualdad de la región aumentan el riesgo en procesos políticos inciertos en los cuales los “números” pueden, en principio, tener más peso que los recursos económicos y otros de la minoría privilegiada. De hecho, es cuando esa minoría privilegiada teme la fuerza de la mayoría que la estabilidad de los regímenes democráticos se ha visto más amenazada.² Pero tales temores son generalmente exagerados, reflejando la naturaleza inherentemente subjetiva de los procesos políticos en cuestión, al tiempo que sus consecuencias a menudo dramáticas sirven

para recordarnos que esos elementos subjetivos de los procesos políticos no pueden ser ignorados.

Más generalmente, la importancia simbólica de la política con frecuencia tiene consecuencias decisivas que no se pueden comprender independientemente de su subjetividad. Por ejemplo, aunque actualmente la mayoría de los latinoamericanos vive en ciudades, los intereses materiales que se ven afectados por la reforma agraria son generalmente insignificantes, especialmente en grandes países industrializados como Brasil y México. Y sin embargo las élites conservadoras (tanto rurales como urbanas) continúan resistiéndose a las más mínimas políticas de reforma agraria debido tanto a la importancia histórica de la tierra para mantener los altos niveles de desigualdad en Latinoamérica, como al efecto legitimador que mayores esfuerzos de reforma agraria podrían tener respecto a otras políticas de redistribución de mayor impacto económico para la pobreza urbana. La herencia ideológica de la Guerra Fría tampoco se puede ignorar, a pesar de que ya hace tiempo ese conflicto terminó y de que no existen alternativas viables a la economía de mercado en ninguna región del mundo. Al mismo tiempo que la memoria colectiva de las élites a menudo parece estar inalterablemente influenciada por los fantasmas de las luchas revolucionarias de épocas previas, en toda la región los grupos de defensa de los derechos humanos continúan luchando para evitar la pérdida de otro tipo de memoria histórica, aquella que toca a los tremendos abusos de los derechos humanos que los temores exagerados de las élites causaron y a la impunidad que todavía gozan quienes los perpetraron, para que los errores del pasado no vuelvan a repetirse.

Al mismo tiempo, la posibilidad de que los “perdedores” de hoy puedan convertirse en los ganadores del mañana le ofrece a los grupos desfavorecidos la oportunidad única de mejorar sus posiciones socioeconómicas y políticas a través de la acción política. Pero su capacidad de tomar ventaja de tales posibilidades no está garantizada de ninguna manera, a pesar de que las élites poderosas pudieran aceptar las pérdidas que esto significaría. Como lo han aprendido los marxistas clásicos, las desventajas materiales no son suficientes para movilizar a los grupos desfavorecidos, a la vez que la teoría de la modernización y los conductistas se han demostrado equivocados en su suposición de que un nivel mínimo de bienestar material era un requisito previo para la democracia. Nuevamente, los factores subjetivos como la ideología, las identidades colectivas y la conciencia de la existencia de alternativas preferibles y viables son fre-

cuentemente claves, al igual que la capacidad organizacional y la calidad de liderazgo necesario para la participación política eficaz. Esta naturaleza incierta de los procesos políticos, especialmente de los que son democráticos, puede crear paradojas, como el hecho de que los niveles de movilización popular puedan ser mayores y más eficaces durante períodos de autoritarismo que tras la transición democrática, cuando la represión política es sensiblemente menor.³

Incluso las más remotas posibilidades abiertas por la incertidumbre de la democracia política pueden tener consecuencias dramáticas. Como comentó el diario ultra-conservador *El Mercurio* en su sección editorial tras la victoria de Salvador Allende en Chile en 1970: “Nadie esperaba que un presidente marxista fuera electo por el sufragio secreto y universal de la burguesía”.⁴ Aunque el golpe de 1973 pueda parecer inevitable en retrospectiva, la realidad es que los resultados alternos eran posibles casi hasta el fin. Igualmente importante es que los elementos de las fuerzas armadas y de la élite chilena que comenzaron a planear el golpe desde que Allende resultó electo y que tenían verdaderos monopolios sobre el poder tanto económico como coercitivo, no lograron su objetivo durante tres años porque dependían del desenvolvimiento de procesos políticos y sociales que no podían controlar.⁵

La esperanza que representaba la elección de Allende en 1970 y el horror que desató el golpe de 1973, aunque únicos en su especificidad, representan a dos polos no poco comunes en lo que respecta a las consecuencias de la incertidumbre de los procesos políticos que con frecuencia atraen más la atención de los cientistas políticos. En el polo positivo tal vez lo más espectacular –e imprevisible– sea la transición pacífica del *apartheid* en Sudáfrica. En Latinoamérica, la victoria de Lula en Brasil tras tres intentos fallidos y la elección de Michele Bachelet en Chile en 2006, sin mencionar las transiciones democráticas negociadas que pusieron fin a guerras civiles en Centroamérica y la elección de Vicente Fox en 2000, son todos resultados igualmente positivos de lo que solamente se podía “predecir” en retrospectiva dada la ausencia de cualquier teoría de la política que pudiera haber predicho tales resultados antes de que acontecieran. Por el contrario, ¿qué leyes naturales podrían haber aportado las bases para “predecir” los recientes genocidios en la antigua Yugoslavia y en Ruanda, o el despotismo de Idi Amin, Augusto Pinochet o Robert Mugabe? Y aunque podría decirse que la actual violencia y disolución del orden político eran una consecuencia predecible de la guerra en Irak, la incertidumbre previa a la

invasión liderada por los Estados Unidos y, en particular, sobre cuáles países se unirían a la “coalición de los dispuestos”, atestiguan la incertidumbre de los procesos políticos que directa e indirectamente afectan las vidas de millones de personas.


Esta incertidumbre de los procesos políticos presenta un fuerte contraste con la regularidad y predictibilidad fundamentales que constituyen la base de las ciencias naturales. A pesar de que los “desastres” y el sufrimiento humano sean centrales para muchas de las mayores empresas científicas de hoy, como evitar la catástrofe colectiva que se prevé que causará el calentamiento del planeta o prevenir las tragedias individuales asociadas a las enfermedades, la naturaleza de la relación de causa a efecto y el tipo de intervenciones que esto necesariamente implica son, en muchos casos, diametralmente opuestos. Mientras que el objetivo de controlar, sino de conquistar, un entorno natural que no fue creado por los humanos es la cualidad que define al método científico moderno, la política es una actividad eminentemente humana de cuya creación somos exclusivamente responsables. Las leyes y procesos naturales que los científicos intentan descubrir, manipular y en última instancia conquistar, están predeterminadas por fuerzas más allá de la acción humana, pero sólo las personas son responsables por los procesos políticos que son el objeto de estudio de la ciencia política. Este contraste tal vez sea más evidente cuando la capacidad de los científicos para poner en práctica soluciones para los problemas que estudian (ya sea curar enfermedades, crear métodos de producción ecológicamente sustentables, energéticos alternativos, etcétera) se hallan coartados por factores culturales, políticos y económicos que son independientes de la viabilidad técnica de dichas soluciones. En realidad, es en su contribución para rebasar tales obstáculos de creación humana que los científicos políticos (y los científicos sociales en general) pueden jugar un papel fundamental pero para hacerlo es necesaria una metodología que refleje esta diferencia básica entre los procesos políticos y los procesos físicos que se observan en la naturaleza.

En última instancia esta diferencia básica tiene que ver con la cualidad misma del ser humano: para bien o para mal, solamente las personas son capaces de tomar decisiones morales, de decidir lo que es el “bien” y lo que es el “mal”, y esto es el impulso tanto del estudio científico de la naturaleza del mundo en que vivimos como de la incertidumbre de los procesos políticos. Es esta cualidad la que nos sirve de base para reconocer los derechos humanos y la que

sirve de fundamento para la filosofía liberal occidental. Ignorarla sería prácticamente irracional.

Para captar la esencia de esta incertidumbre causada por la complejidad de la acción humana, una metodología “no-científica” o alternativa que debería ser el objetivo del estudio de la política necesariamente implica un estudio más rico, más matizado y más profundizado –la famosa descripción “espesa” de Clifford Geertz–. Esto a su vez hará más valiosos tanto el estudio de caso único como la investigación de equipo que puede integrar más eficazmente los resultados de casos múltiples. Ya que la política es fundamentalmente una construcción social, se debe prestar atención a los actores implicados, así como a aquellos cuya ausencia (mujeres o grupos indígenas, por ejemplo) tendría probablemente consecuencias directas y negativas para cualquier resultado, así como a la multitud de factores que constriñen la participación, incluyendo las herencias institucionales, socioeconómicas, culturales e ideológicas. Como procesos humanos, los procesos políticos son dinámicos y el objetivo último debería ser el entender ese dinamismo para contribuir a crear un mundo mejor, esforzándonos por aprender no sólo de los errores previos, sino también de la potencialidad demostrada incluso en “logros” aislados. La teoría resultante probablemente se base menos en hipótesis confirmables y en parsimonia que en preguntas que inspiren la creación teórica y en conceptos desarrollados con el fin de comprender o de explicar las realidades políticas que vivimos. Más que una teoría en el sentido formal, es un enfoque hacia la comprensión que no ignora cuestiones fundamentales de poder y de diferencia. Más que una “ciencia” en sentido estricto es en realidad un arte.

Por supuesto, cualquier metodología alternativa de este tipo también incluye el mantener la mente abierta y reconocer las contribuciones posibles a la ciencia política que se derivan de las ciencias naturales. Tales contribuciones pueden incluir: aclarar patrones más generales y tendencias que podrían no ser vistas de otra forma (ver el bosque a través de los árboles) y eliminar factores o suposiciones que no son empíricamente factibles. Muchas preguntas de interés para la ciencia política también pueden incluir procesos que son por naturaleza más afines con los procesos naturales que se encuentran en el mundo físico, y por ende sus respuestas se encontrarían más fácilmente a través de metodologías similares a las de las ciencias naturales. En última instancia, el enfoque de la corriente principal de la ciencia política que se critica aquí es una forma específica de

comparación e investigación. Es una de las múltiples maneras de obtener tanto conocimiento como un mundo mejor. Es una construcción social y, como tal, debe ser vista como un complemento en potencia para las metodologías alternativas, y no como un sustituto. 

Posiciones / ¿Hacia dónde va la ciencia política? (fragmentos) Giovanni Sartori*

A fin de justificar nuestros fracasos prácticos y de predicción, hemos inventado la teoría de las consecuencias no intencionadas. Pero ésta es en gran parte una coartada para encubrir el hecho de que no hemos desarrollado un conocimiento aplicado ligado a preguntas del “si... entonces” y al análisis de medios a fines. Si bien las consecuencias no intencionadas siempre están presentes, su inevitabilidad ha sido ampliamente exagerada. En el campo de las políticas de reforma y de la construcción de instituciones, la mayor parte de nuestros fracasos de predicción eran fácilmente predecibles y la mayor parte de las consecuencias imprevistas podían haberse previsto con facilidad (como revela casi invariablemente el análisis ex post). Permítaseme dejar aquí este tema, porque ahora quiero retomar el que dejé pendiente, es decir, que tenemos una metodología sin lógica, que ha perdido de vista incluso la lógica.

* Tomado de Giovanni Sartori, “¿Hacia dónde va la ciencia política?”, *Política y Gobierno*, vol. 11, núm. 2 segundo semestre de 2004. Traducción del inglés de Susana Moreno Parada.

Referencias

1. Ver Adam Przeworski, “Some Problems in the Study of the Transition to Democracy” en *Transitions from Authoritarian Rule: Comparative Perspectives*, Guillermo O’ Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurance Whitehead, Baltimore (eds.), The Johns Hopkins University Press, 1986, pp. 47-63.
2. Esta idea queda confirmada por un estudio empírico sistemático de la democracia en la región que incluye tanto una metodología “científica” cuantitativa como estudios de caso profundizados que siguen lo que a continuación argumentaré que es una metodología más apropiada para estudiar procesos sociopolíticos. Ver Dietrich Rueschmeyer, Evelyne Stephens y John D. Stephens, *Capitalist Development and Democracy*, Chicago, University of Chicago Press, 1992.
3. Ver Philip Oxhorn, “Social Inequality, Civil Society and the Limits of Citizenship in Latin America”, en Susan Eckstein y Timothy Wickham-Crawley (eds). *What Justice? Whose Justice? Fighting for Fairness in Latin America*, Berkeley, University of California, 2003, pp. 35-63.
4. Citado en Przeworski, *op. cit.*, p. 58.
5. Ver Manuel Antonio Garretón, *The Chilean Political Process*, Boston, Unwin Hyman, 1989; y Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978.